

Edmundo Romero Guedes

A pesar de sus casi dos metros de altura Alex Koon decidió, alterando la sobria percepción, convertirse en un enano de circo. Desde hacía tres días la carpa brillante del Doctor Squira sometía con su afónica luz la flácida vida de la ciudad, y el triste trotar de los elefantes amamantaba la curiosidad tras las rejas. Se necesitan enanos para el circo, rezaba el cartel decolorado por las garras romas del tiempo. Alex Koon, sin pensárselo, reunió sobre su mesa El libro de las muecas, La historia del aburrimiento, Los pecados tristes y Julio, el emperador de los abismos, libros que le habían hecho sufrir y que por ello debería visitar como quien visita la tumba de un país o de un abuelo si quería arrostrar la fiera incertidumbre de la risa. Fuera, los zeppelines y los monstruos tiritaban al paso de los niños. Mientras, la música que acompañaba aquella ceremonia de invención y naufragio iba devorando lentamente las piernas de Alex Koon. Cuando desplegó el último mapa de Julio, el que le había servido para ocultarse del mundo, y apagó la luz, sintió desmoronarse sobre sí mismo, como una catedral sin dioses, y se palpó su estatura. Seguía la circunspecta tournée del Doctor Squira por los impasibles pueblos de la comarca, adivinando muecas, secando el tedio, en tardes que se amurallaban tras las infinitas piernas del enano.